

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

El libro prohibido



DESTINO

Anna KADABRA

El libro prohibido

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2025
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2025
Maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-08-30398-5
Depósito legal: B. 9.094-2025
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Sarah se quedó sin saber en qué consistían aquellos *Cuentos Encantados*. Y es que la profe dijo que ya habíamos aprendido suficiente por una noche.

Yo diría que habíamos aprendido demasiado. ¡Seguro que tenía pesadillas con los dichosos libritos!

Aún temblaba de miedo cuando subimos a la

azotea a por nuestros vehículos. Bueno, de miedo y de frío. No veas cómo soplaba el viento sobre el tejado.

Todos nos abrochamos hasta el cuello nuestros abrigos. Me pareció que el de Sarah estaba muy abultado, pero no le di importancia.

En realidad, me sorprendió más la prisa que le entró de repente.

—Eh, espera —dijo Marcus, al verla montar en su escoba—. ¿No volamos juntos hasta el pueblo?

—Eh... es que esta noche no puedo entretenerme —respondió ella evasivamente—. Mañana tengo que madrugar para despedir a mis padres antes de que salgan de viaje.

Ya sabrás que ambos son coleccionistas de arte. Eso los obliga a visitar la ciudad a menudo



en busca de nuevas piezas. Suerte que Sarah es mayor y sabe arreglárselas sola.

También es muy buena despegando. Pegó tal pisotón en el suelo que salió disparada como un cohete. Hasta las estrellas parecían abrirle paso, barridas por su escoba.

—Vaya prisas —masculló Oliver, agarrándose con fuerza a su guitarra voladora.

—¿No os parece que Sarah está muy rara?
—masculó Ángela.

Era gracioso que dijera eso, teniendo en cuenta que ella llevaba una boa de plumas en vez de bufanda. Pero no me preguntes por qué.

En cuanto a mí, estaba demasiado cansada para seguir charlando. Incluso para conducir mi patinete. Casi me la pego contra la ventana al volver a casa.

Por suerte, no tuve malos sueños. Dormí como un tronco y desperté como una lechuga. O sea, fresca y descansada para un nuevo día de cole.

Fue allí donde comenzó la pesadilla.

Era la hora del recreo y estábamos todos en nuestro rincón secreto del patio. Bueno, casi todos. Resulta que Sarah no aparecía.

Eso sí que era raro. De ser por ella, asistiría al cole hasta el día de Navidad.

—Se habrá puesto mala —comentó Oliver—. Tanto estudiar no puede ser bueno.

Decidimos interrogar a sus compañeros de curso, pero ninguno sabía nada. Tal vez Oliver tenía razón y estaba enferma. ¡Y sin nadie en casa que la cuidase! Sus padres no volverían hasta el día siguiente.

Fue entonces cuando se nos ocurrió buscar un espejo para llamarla. Los únicos que teníamos a mano estaban en los aseos del cole.

Ángela y yo nos colamos juntas en el de chicas. Por suerte, estaba vacío. Los espejos, en cambio, estaban llenos. Llenos de manchas y salpicaduras. Aquello parecía más bien un baño para cerdicornios.



—Bah, no creo que importe —opinó Ángela—. Como mucho, creará interferencias.

El caso es que nos quedamos sin saberlo, porque Sarah no contestó a la llamada. Y menos mal, porque en aquel momento entró una niña en los lavabos.

—¿Qué hacéis? —preguntó, al vernos allí petrificadas como dos gárgolas.

—Comprobar que nos reflejamos en los espejos —respondió Ángela, tan pancha—. Ahora ya sabemos que no somos vampiras.

La próxima vez le diré que me deje a mí las excusas.

Volvimos al patio para reunirnos con Oliver y Marcus. Ellos sí que parecían vampiros, pero por lo pálidos que se habían puesto.

—Está ocurriendo algo malo —dijo Marcus,

señalando la insignia que ocultaba bajo su chaqueta.

Esta había comenzado a brillar. ¡Y las nuestras también! Eso significaba que alguien del club estaba en peligro. Era el momento de empezar a preocuparse seriamente por Sarah.



—¿Habrá vuelto a la mansión? —se me ocurrió—. Quizá olvidó allí algo anoche.

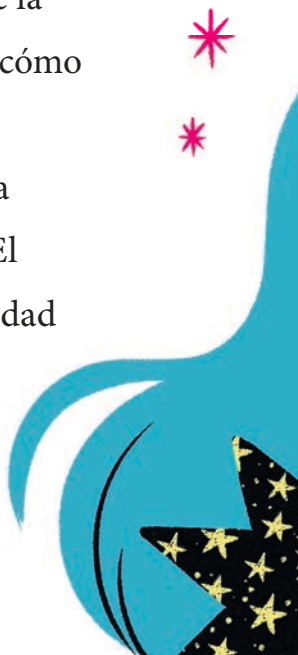
Decidimos visitar la casa después de clase. Por desgracia, la encontramos desierta. Hasta Carapuerro debía de estar echando la siesta en algún jarrón.

—Todo parece en orden —dije, después de subir hasta la torre.

Fue entonces cuando a Marcus lo asaltó una repentina sospecha.

—Sarah estaba muy rara ayer durante la lección —murmuró—. ¿Os acordáis de cómo miraba aquel libro de cuentos?

Luego, sacando su varita, hizo girar la estantería para revelar su doble fondo. El mueble chirrió horriblemente en la soledad de la estancia.



Allí, en el lado secreto, faltaba algo. Y estoy convencida de que sabes qué era.

Nuestra amiga se había llevado consigo el misterioso volumen.

